tan claro conocimiento de las exigencias de la nueva fe, el culto del espíritu se revela allí con tanta energía, aun dado el descuido de las perfecciones de la forma, que una obra de esta naturaleza no podía evidentemente salir de una mano idólatra. Es verosímil, sin embargo, que estos artistas se hubieran formado en la práctica del arte antes de su iniciación en el cristianismo (véase el artículo *Profesiones de los primeros cristianos*): la conformidad de los sarcófagos cristianos con los de los antiguos en todo lo que es arquitectura y ornamentación, da fe de ello. No hacían más que cambiar los asuntos de las esculturas, colocándolas completamente en un marco antiguo.

No conocemos más que los nombres de un número muy reducido de estos artistas primitivos de imágenes. Baronio (*Annot.*, t. III, an. 303, n. CXV) cita, como habiendo ejercido este arte, los cinco mártires Claudio, Nicostrato, Sinforiano, Castorio y Simplicio. Dos años más tarde fueron seguidos en el martirio por Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, que también se cree haber sido escultores (véase también Adon. *Martyrol.*, ad. VIII nov.). Pero la tradición en que descansa este hecho tiene su origen en actas muy sospechosas (Tillemont. *Mem.*, t. IV, pág. 745). Además, su texto, aunque fuese sincero, no probaría más que una cosa, á saber, que siendo escultores, prefirieron morir más bien que fabricar ídolos; pero no se sigue de aquí en manera alguna que hayan esculpido imágenes cristianas.

Boldetti (pág. 316) transcribe el epitafio de un escultor ó estatuario llamado MAETIUS APRILIS, encontrado por él en el cementerio de Priscila:

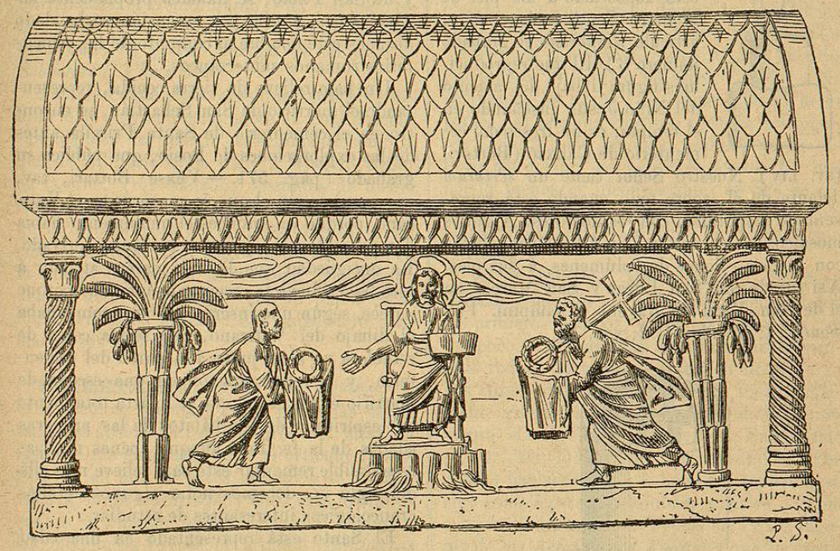
MAETIO. APRILI. ARTIFICI. SIGNARIO. QVI. VIXIT.
ANNIS. XXXVII. MENSES. DVO. DIES. V.
BENEMERENTI. IN P.

Un martillo y un cincel, grabados sobre el mármol, vienen á completar este indicio de profesión. El mismo autor refiere en seguida otros varios *tituli* en donde no se ha dado á conocer la profesión sino por instrumentos. Tales son los de los escultores CRESCENTO, AVR. VINCENTIVS, LAVRENTIVS, PAVLINVS. Un martillo y una escuadra grabados sobre una tumba del cementerio de Calixto indican también, según Muratori (*Thesaur.*, IV, pág. 1839, n. 7), la profesión de marmolista, *marmorarius*. Otro tanto puede decirse de una sierra de mármol que presenta la piedra sepulcral de EXVPERANTIVS (Bosio, pág. 433).

Pero el monumento más precioso de esta clase, porque, á juzgar por la forma de los caracteres de la inscripción (véase *Roma sott.*, III, página 443), debe ser á lo menos del siglo III, es la tumba de Eutropio, cuyo conocimiento debemos á Fabretti (c. VIII, pág. 587, CII, con la rúbrica *en cœmeterio D. Helenæ*). Porque este Eutropio es no sólo escultor, sino escultor de sarcófagos. Está representado él mismo, sobre su piedra sepulcral, ocupado en trabajar una de estas urnas, con ayuda de un joven aprendiz que hace tornear, por medio de una cuerda cuyos dos extremos tiene en sus manos, el instrumento agudo con que Eutropio talla el mármol. Sobre la misma piedra está figurado otro pequeño sarcófago concluído, y cuya tablita, rodeada de delfines, contiene el nombre **ΕΥΤΡΟΠΟϹ**. Fabretti hace de Eutropio un mártir, porque detrás de él se ve un personaje de pie llevando en la mano un vaso muy semejante por la forma á nuestros vasos de beber, y que el sabio anticuario cree que representa el vaso de sangre. Confesamos que la prueba nos parece débil. El vaso de sangre era la mayor y más legítima preocupación del momento y la de Fabretti en particular (véase en nuestro artículo *Sangre de los mártires* lo que decimos, con Leibnitz, de su correspondencia sobre este asunto). La única cosa que está bien comprobada es que Eutropio era cristiano. La paloma que lleva en su pico la rama de

olivo es una prueba de esto, y mejor todavía la fórmula tan pronunciada del epitafio: *Sanctus Dei cultor Eutropus in pace.* **ΑΓΙΟϹ. ΘΕΟϹΕΒΕϹ. ΕΥΤΡΟΠΟϹ. ΕΝ ΥΡΗΝΗ.** Lo que sigue de la inscripción parece indicar que la piedra fué grabada por el hijo de este Eutropio, que había sido escultor como su padre: **ΥΙΟϹ. ΕΠΟΙΗϹΕΝ**, *filius fecit.*

Tenemos, con la fecha cierta del siglo V, el nombre de un DANIEL, que por una carta dirigida al Senado, Teodorico llamó de Roma á Rávena para ejercer allí su profesión. Casiodoro habla (*Variar.*, l. III, *ep.* 19) del rescripto por el cual el Rey ostrogodo, después de haber elogiado la habilidad de este Daniel para esculpir y adornar el mármol, le confiere el privilegio de vender estas urnas funerarias á los habitantes de Rávena. Parécenos bien citar las palabras que denotan en este Príncipe una piadosa solicitud, así como un gusto ilustrado por las artes: *Artis tuæ peritia delectati, quam in excavandis atque ornandis marmoribus diligenter exerces, præsenti auctoritate concedimus, ut, te rationabiliter ordinante, dispensentur arcæ, quæ in Ravennati urbe ad recondenda funera distrahuntur, quarum beneficio cadavera in supernis humata sunt, lugentium non parva consolatio.* Parece que este Daniel firmaba, por decirlo así, sus obras, esculpiendo en ellas la historia de Daniel que aludía á su nombre. Esta observación es de Passeri (*Append. ad Thes. dipt. Gorii.*, pág. 71). Bugati (*Mem. di S. Celso*, pág. 167) observa que en esta misma época es cuando se hace notar marcadamente la decadencia en esta clase de monumentos. En efecto, desde entonces las tumbas difieren totalmente de las de la buena época, ya por la imperfección del trabajo, ya por los asuntos representados en ellas. El lector puede convencerse de esto echando una ojeada sobre las láminas III, IV y V del volumen II de la obra de Ciampini (*Vet. monim.*, pág. 6), que representan sarcófagos de los siglos V y VI, y mejor todavía por el que damos aquí según una fotografía, y que es, sin duda, obra de este Daniel, aunque la observación de Passeri no le sea aplicable en cuanto á la naturaleza de las figuras allí esculpidas. Se ven San Pedro y San Pablo, pero en condiciones que no son las de los cuatro primeros siglos. Éstas los representan como apóstoles á los lados del Salvador, y las más veces, al recibir la misión divina. Aquí, por el contrario, se ven los dos Apóstoles, como en los mosáicos absidales de la misma época, presentando, en su calidad de mártires, su corona al Salvador, que se halla sentado en un sillón muy elegante. Esta tumba se distingue también de las de la época más antigua por el



estilo de su arquitectura, estilo cuyo rasgo más saliente es la cubierta en forma de techo, *tectum imbricatum*, casi tan elevado como el cuerpo del sarcófago.

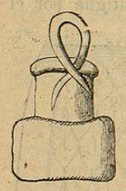
SCEVOPHYLAX.—Era uno de los numerosos funcionarios agregados al servicio de las basílicas, cuya curiosa nomenclatura no nos han conservado los autores antiguos. Su empleo consistía en guardar los vasos sagrados, los utensilios y otros objetos preciosos que se conservaban en los *scrinia* de las iglesias, y estaba por lo común confiado á un sacerdote, como se ve en Teodoro el lector (l. II), que asegura que Macedonio era sacerdote y *scevophylax* de la iglesia de Constantinopla. Sozomeno (V, 8) nos dice que el célebre Teodoro, sacerdote de Antioquía, era *guardián de los vasos sagrados*, y también que fué condenado á muerte bajo Juliano, porque había rehusado entregar el tesoro confiado á su custodia. El *scevophylax* parece haber acumulado á menudo en sus funciones las de *cartophylax*, que era el guardián de los archivos (véase Suicer, *ad v.*).

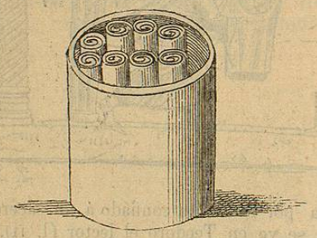
SCRINIA.—Eran especies de cofres, destinados, entre los antiguos, á contener diversas clases de escritos: *Scrinia libellorum*, *scrinia memoriæ*, *scrinia dispositionum*, *scrinia epistolarum* (véase Gothofrid. *Cod. Theod.*, t. II, pág. 145). Los antiguos los llevaban siempre consigo, primero por necesidad, y más tarde, como señal de honor y de dignidad.

Los primeros cristianos encerraban los libros santos en cestillas de esta clase, redondas ó cuadradas; Prudencio las llama *scrinia sacra* (*Peristeph. hymn.*, XIII, 7), cuando dice que las obras de San Cipriano durarán «mientras exista un solo libro, mientras haya *scrinia* de las santas letras».

Dum liber ullus erit, dum scrinia sacra litterarum.

Con frecuencia se ven figurados en los monumentos primitivos. Así, una *orante* del cementerio de la vía Latina tiene un *scrinium* á cada lado (Bottari, tav. XCIII), y el que está á la derecha se halla provisto de una correa destinada á colgarlo del cuello. Lo mismo sucede con el que, en un sarcófago del cementerio de Santa Inés (Bottari, CXXXI), está depositado á los pies de Nuestro Señor (véase en el artículo *Jesucristo* el grabado número 3). El que reproducimos figura debajo del asiento del Niño Jesús enseñando en el templo; es un fresco del cementerio de Calixto (Bottari, tav. LIV). Nuestro Señor tiene un *scrinium* delante de él, sobre todo cuando está representado disputando con los doctores. Algunos mosáicos presentan también á los Evangelistas con *scrinia*, llenos de volúmenes, á sus pies. Así sucede con San Lucas y San Marcos en el de San Vital de Rávena (Ciampini. *Vet. monim.*, t. II, tab. XX, 2; XXI, 1).





Sobre un fragmento de sarcófago del Vaticano que representa la curación del paralítico, se ve, al lado de Nuestro Señor, un personaje (véase la figura del artículo *Paralítico*), delante del cual se halla colocado un *scrinium* de forma cuadrada y que tiene delante una cerradura. Este personaje, que tiene además dos volúmenes en la mano, es uno de esos escribas cuyo oficio era leer é interpretar la ley. Estos volúmenes y estos *scrinia* eran el atributo de su dignidad, como entre los Romanos eran la insignia de los hombres dedicados al cultivo de las letras (véase el artículo *Dipticos*, I).

Había también pequeños cofres cuadrados, estrechos, de marfil, para encerrar los volúmenes separados. Se observan curiosos ejemplos en ciertos fondos de copa (Boldetti, pág. 198, 8.—Garrucci. *Vetri*, XXXIII, 1).

Entre los Griegos, estos *scrinia* se llamaban χαρτοφυλάκια, y tomaban, según sus especiales destinos, algunos nombres citados más arriba. Estos detalles y otros muchos se encuentran en los comentarios del Código Teodosiano por Godofredo (Gothofrid. *Cod. Theod.*, t. II, página 145).

SEBASTIÁN (San).—El culto de San Sebastián en Roma es muy antiguo; su fiesta está ya señalada en un calendario romano editado por el P. Boucher, que data casi desde el principio del siglo IV. Encima del cementerio que lleva su nombre se ha construído una iglesia bajo su advocación. Este lugar, donde, según una tradición antigua, fueron depositados provisionalmente los cuerpos de San Pedro y de San Pablo, se llamaba propiamente las *catacumbas*, y sólo por extensión se ha dado después este nombre al conjunto de los cementerios romanos subterráneos.

Un bajo relieve de tierra cocida, representando el martirio de San Sebastián, se encontró en el cementerio de Santa Priscila antes de las exploraciones de Bosio, que publica su grabado (pág. 571.—Véase Bottari, tav. CLXXXIX) según el que se conserva en el Vaticano, porque ya entonces el monumento había desaparecido para pasar á un museo privado. La antigüedad que Bottari parece atribuir á este bajo relieve la creemos exagerada, porque parece, según una inscripción que acompañaba al dibujo del Vaticano, que servía como de retablo á un altar junto á la pared del cementerio, y la representación de una escena de martirio es un hecho que se aparta totalmente del espíritu y de los hábitos de las primeras edades de la fe. Pero aunque apenas nos parece posible remontar este bajo relieve más allá del siglo VI, debemos notar algunos detalles arqueológicos interesantes de estudiar.

El Santo está representado en una edad madura, y lo mismo sucede en un mosáico de fines del siglo XVII, que se conserva en San Pedro *in Vincoli* (Ciampini. *Vet. mon.*, II, tab. XXXIII). En la tierra cocida tiene los cabellos largos y flotantes y carece de barba, mientras que el mosáico le da la barba y los cabellos cortos, lo presenta vestido con el uniforme militar, y llevando la corona de mártir en un paño de su clámide. Bottari (III, 168) explica esta anomalía diciendo que el artista del bajo relieve habrá querido conformarse, respecto á la cabellera, con la costumbre que las invasiones de los Bárbaros habían ya introducido en Italia, mientras que, respecto á la barba, se trasladó á los tiempos de Diocleciano, en los cuales no se llevaba, como está probado por las medallas. El mártir está atado á un poste que los Latinos llamaban *stipitem*, y donde eran encadenados los malhechores. Esto se halla conforme con el relato de Lampridio (*In Alexandr.*), que habla también del *titulus* que estaba fijado encima de su cabeza, y no aparece aquí, sin duda por falta de espacio. Eusebio (*Hist. eccl.*, V, 1) menciona el cartel donde estaba anunciado el crimen de Atalo, uno de los mártires de Lión: *Attalus Christianus;* el Dominiquino se ha inspirado en este relato para su cuadro del martirio de San Sebastián; ha escrito encima de su cabeza: *Sebastianus Christianus.*

También debe observarse una especie de tablita ó de *suppedaneum* sobre la cual descansan los pies del mártir, exactamente como la que de ordinario se ha dado á Nuestro Señor en la cruz. Tres soldados desnudos de medio cuerpo disparan sus flechas contra el Santo: un tercero prepara su arco con fuerza, y un cuarto, sentado en el suelo con su arco roto en la mano, contempla la víctima; por último, delante de estos satélites está un jefe á caballo, volviéndose hacia ellos y pareciendo intimarles sus órdenes.

SECRETARIA.—Eran dos especies de tabernáculos, ó quizás mejor sacristías abiertas en el ábside, á los dos lados del altar de las basílicas antiguas (véase el artículo *Pastophoria*); en uno de estos *secretaria* se conservaba la Santa Eucaristía, y en el otro los libros santos, y cuando tenían capacidad bastante, las bibliotecas (véase el artículo *Bibliotecas cristianas*). San Paulino las menciona en su descripción de la basílica de San Félix. Dice el Santo que los versos siguientes indicaban el destino de cada uno de ellos.

A la derecha del ábside:

Hic locus est, veneranda penus qua conditur, et qua
Promitur alma sacris pompa ministerii.

A la izquierda:

Si quem sancta tenet meditandi in lege voluntas,
Hic poterit residens sacris intendere libris.

Bottari (t. I, pág. 68) cree ver una alusión á esta costumbre en el bajo relieve de un sarcófago antiguo (tav. XIX). En el centro de la tumba hay una *orante*, á cuyos pies se ha puesto, por un lado, un vaso que corona una paloma (véase este vaso en el artículo *Paloma eucarística*) y que está considerado como un vaso eucarístico, y al otro lado un montón de volúmenes atados juntos. Puede reconocerse una verdadera sacristía en el plano de una pequeña iglesia subterránea del cementerio dicho *della Salita del cocomero* (Marchi, tav. XXXVIII, N.).

SECRETO (Disciplina del).—Los monumentos escritos y figurados de los primeros siglos cristianos se hallan envueltos en el misterio; la alegoría y el simbolismo reinan en todas partes; el lenguaje de los Padres y de los doctores está lleno de reticencias; los productos del arte no son, propiamente hablando, más que un conjunto de jeroglíficos y de enigmas cuya clave sólo poseen los iniciados.

Este hecho no es el resultado de la casualidad y del capricho, sino más bien de una disciplina sistemática, impuesta á la primitiva Iglesia por los peligros y las numerosas asechanzas que encontraba dentro de su posición en el mundo pagano. La mayor parte de los Padres ven el origen de esta disciplina en estas palabras de Jesucristo (Matth., VII, 6): «No entreguéis lo santo (las cosas santas) á los perros, ni arrojéis vuestras perlas á los puercos», *nolite dare sanctum canibus, neque mittatis margaritas vestras ante porcos.* Lo que por lo menos es incontestable, es que se encuentran vestigios de esta práctica en los primeros documentos escritos de la tradición cristiana.

No es probable, sin embargo, que haya existido como ley positiva enteramente desde los primeros tiempos, y que los Apóstoles, ni tampoco sus inmediatos sucesores, hayan pensado rodear de tanto misterio su doctrina ni sus ritos, aunque su enseñanza fuera sabiamente graduada, como nos lo revela evidentemente el siguiente pasaje de San Pablo (1 *Cor.*, III, 1): «Y yo, hermanos míos, no he podido hablaros como á hombres espirituales, sino como á personas también carnales, y como á hijos de Jesucristo.» Vemos en varios lugares de los *Actos de los Apóstoles* que su predicación se basó constantemente en estos principios.

Una segunda observación general que debemos hacer antes de ir más lejos, es que nosotros no entendemos que la disciplina del arcano haya sido admitida sin excepciones; puesto que cedía siempre que lo exigía el bien de la religión. Entonces los misterios de la fe eran publicados no sólo delante de los catecúmenos, sino en presencia de los enemigos. Tenemos frecuentes ejemplos en los apologistas, que á veces no tuvieron medios más eficaces que una entera franqueza, para rechazar las calumnias